

UNA ACUSACIÓN PERENNE Y UNIVERSAL

E.C. Alben, sj.*

En el Plan Nacional de Pastoral (como preparación para el quinto centenario del descubrimiento de América), y al tratar de los retos con los que tiene que enfrentarse la Iglesia, se dice textualmente en el n. 20:

El sexto reto es hacerse presente a todos. Somos conscientes que son muchos los alejados de Dios, de la fe o de la vida de la Iglesia. La ignorancia religiosa, la indiferencia religiosa, la apatía, la religiosidad desviada, diversas ideologías, influencias culturales y científicas, prejuicios, alejamiento nuestro de ellos, malos ejemplos, escándalos, problemas de imagen de la Iglesia tienen mucho que ver con tal fenómeno. Entre estos alejados se cuentan de hecho muchos de aquellos que influyen más, por diversos caminos y a niveles muy distintos, en la vida de la nación. Quizá el problema más profundo es que nuestra cultura no está imbuida por criterios conformados con el Evangelio.

Desde luego, no es lo mismo estar alejado de Dios, que alejados de la Iglesia. El alejamiento de ésta no conlleva necesariamente el ateísmo si bien facilita la empresa. Y también es cierto que en un ambiente social ateo o semiateo, se facilita la separación o alejamiento de la Iglesia.

En el "reto" cuyas palabras textuales he citado más arriba, se reconocen diversas causas que han podido motivar el fenómeno del alejamiento; causas que sin duda ninguna serán tratadas por algunos de los que escriben en esta misma revista y, que, desde luego, serán más competentes que yo para hacerlo, porque están en un contacto más directo -más pastoral- con el pueblo.

(*) Pseudónimo de Carlos Benavides. Sacerdote jesuita, doctor en Filosofía (Universidad Gregoriana, Roma, 1958) y profesor en el Seminario Santo Tomás de Aquino.

Pero hay también una causa -que no se cita en el párrafo del Plan- que es de carácter universal y que todavía oigo muchas veces incluso de labios de quienes menos podía esperarse. Es la afirmación de que la Iglesia siempre esta con los que mandan; y que -como consecuencia- ha perdido a los pobres, sobre todo a los obreros.

Pero antes conviene anotar que a la Iglesia no se la puede mirar como a una sociedad humana cualquiera. Y que no es fácil comprenderla "desde afuera". El famoso teólogo Hans Urs von Balthasar ha calibrado perfectamente esta dificultad al escribir:

La dificultad, a veces la tragedia, de la Iglesia Católica en el mundo de todos los tiempos, pero sobre todo en el momento actual, está en que es una comunidad visible y organizada de creyentes en medio de otras sociedades puramente humanas. Esto hace que los que no son miembros de ella la juzquen según las mismas normas sociológicas aplicables a otras instituciones. El resultado no puede ser sino una caricatura de la Iglesia, la cual, en su naturaleza íntima, oculta, reconocible solo a los creyentes, es algo totalmente diverso de un Estado o de una asociación, y solo puede ser juzgada rectamente, e incluso en su apariencia externa, desde el punto de vista de su naturaleza oculta.

Todavía más explícito es el Concilio Vaticano II, que en su famosa Constitución "Lumen Gentium", antes de hablar de la Iglesia como del pueblo de Dios (y ya en eso de "pueblo de Dios" hay mucho misterio) nos la presenta formalmente como misterio:

Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia Santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia de todos. Mas la sociedad provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo Místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino. Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo Encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a El, de modo semejante la articulación social de la Iglesia, sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (n.8).

Lógicamente los "alejados" de la Iglesia debieran saber ésto, puesto que pertenecieron a ella. Pero, por desgracia, no creo que sea cierto -hasta un grado "vivencial" en muchísimos católicos y a fortiori en los "apartados" que consideran o consideraron únicamente el elemento humano -que tiene, ha tenido y tendrá grandes sombras- para juzgar a la Iglesia solamente por él. Algo así como si, al leer los Evangelios, se fijaran en que Jesús se cansaba, dormía, necesitaba comer, comía con publicanos o en casas de ricos fariseos... y

llegáramos a la conclusión de que Jesús era hombre y nada más que hombre, y que incluso era causa de muchos escándalos...

Un modo positivo y directo de evangelización-pastoral es hacer ver lo que en realidad es la Iglesia; y sin disimular lo que pueda haber de defectuoso y hasta indigno en muchos de los que componemos el "elemento humano", mostrar también que a los componentes humanos de la Iglesia, incluso al más alto nivel, no se les puede exigir lo que el mismo Cristo no exigió para los "fieles" de su Iglesia: la impecabilidad. De lo contrario no hubiera instituido un sacramento que sólo era válido para los que ya estaban dentro de la Iglesia: el sacramento de la penitencia.

Pero a la vez, quitar como cierto complejo de inferioridad que últimamente se ha acentuado más, y hacer ver que muchas de las acusaciones que se hacen a la Iglesia carecen de fundamento o a la más se puede decir con verdad de "algunos" y en algún tiempo.

Aquel Papa, que pasó como una sonrisa por la Iglesia de Dios (Juan Pablo I) en una de las cartas de su famoso libro *Illustrissimi*, dice que eso de que "la Iglesia haya estado siempre con los que mandan, es un slogan".

Pero un "slogan" sumamente amplificado y maravillosamente instrumentado. De suerte que, aun hoy en día, y en todas las partes se oye de vez en cuando esa acusación e incluso no sólo cristianos sino también sacerdotes están íntimamente convencidos de ella. Gracias a Dios, la Historia va aclarando muchas cosas y no hay que tener miedo de ella. Al contrario, puede servirnos para, con toda claridad, tratar de hacer ver la realidad y que no todo -ni mucho menos- son sombras sino que hay también mucha luz.

No voy a hacer un maratón histórico porque resultaría muy largo. Pero se podría hacer. Ni voy a detenerme en el "constantinismo" (palabra tan manoseada que apesta a sudor y que ya ni sus mismos autores emplean). Me atengo brevemente a lo que es la causa inmediata -si no única- de nuestra situación actual que es el liberalismo. Además pienso que, cuando hoy se habla de la Iglesia como unida a los que mandan, se refiere directamente a ese complejo burgués-capitalista que nació con la revolución industrial del siglo pasado.

Pues bien: ni los promotores de la industrialización, ni los teóricos del régimen fueron católicos. Guizot y Agenor de Gasparin (cuyo acceso al gobierno confirma su "prestigio" político) entre los primeros; Adam Smith, Malthus, el banquero de origen judío David Ricardo (Inglaterra), Carey (USA), Juan Bautista Say (Francia) entre

los segundos, no tienen nada que ver con el catolicismo. Por eso, Juan Bautista Say en su obra *Cours Complet d'Economie politique pratique...* (es un título muy largo) en su parte IX, cap. II, afirma que

una coincidencia que sorprende a todos los viajeros es el amor al trabajo, la preocupación por la familia que reina en todos los países protestantes de Europa; y la incuria, la miseria que roen a todos los países católicos, y sobre todo en aquellos que dominan las prácticas supersticiosas y los frailes.

En los países como Italia, donde el protestantismo no jugaba ningún papel, es el jansenismo -importación extranjera, intrusión calvinista en el seno del catolicismo- el introductor y sostenedor del capitalismo liberal (Cf. E. Rota: *Il giansenismo in Lombardia e i prodomi del Risorgimento italiano*, Pavia 1907).

Dentro de los países de mayoría católica, como Bélgica, Prusia renana, Francia sobre todo, era el volterianismo la filosofía -o la religión- de la mayoría de los capitalistas y hombres de gobierno. Bajo el gobierno de Luis Felipe, la gran burguesía manifestó abiertamente su oposición a la Iglesia. Con la Carta de 1830 se quitó al catolicismo todas las prerrogativas: no fue más oficialmente la religión del Estado, se quitaron los crucifijos de las salas de los tribunales de justicia, la Guardia Nacional en 1831 -y estaba compuesta exclusivamente por burgueses- animó a los amotinados a que destruyeran el arzobispado de París y entraran a saco en la Iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, se hacía cola en los teatros para aplaudir las piezas dichas patrióticas, en las que todos los papeles de traidores y malhechores estaban simbolizados por jesuitas, etc., etc.

Si en España, los hombres de gobierno eran "oficialmente" católicos, su anticlericalismo era notorio y fomentaron y aplaudieron las matanzas de religiosos, la destrucción de sus iglesias y conventos, y se aprovecharon -y no en favor de los pobres- del despojo de los bienes de la Iglesia. En ITALIA la lucha contra los Estados Pontificios, era una prueba palpable de la cero influencia que la Iglesia pudiera tener en el gobierno civil, y una manifestación de la desunión que había entre el uno y la otra.

Si el liberalismo oprimía a los pobres, también alejó a la Iglesia de toda intervención en la vida pública. Penetrada la sociedad de las ideas del volterianismo, disputaba a la Iglesia toda la intervención en la vida social. Expoliada de sus posesiones en muchos países, la Iglesia no disponía más que muy escaso clero y no siempre bien formado para reconquistar su lugar en un mundo combatido por una ráfaga de nuevos errores. El pontificado de Pío IX (1846-1878) que pasó la mayor parte de él en el exilio, nos ilustra sobre

la situación trágica de la Iglesia en este período turbulento de su historia.

En esa situación histórica ¿cómo es posible hablar del maridaje entre la Iglesia y los diversos Estados? Recórranse las páginas de la Historia (no de leyendas negras o folletines indecentes) y se verá la animosidad de los hombres de gobierno contra la Iglesia, aunque algunos reyes -que ni pinchaban ni cortaban- tuvieron su confesor particular.

La Iglesia lanzó una serie de documentos contra el Liberalismo y lo que él encerraba. Pero voy a decir, incluso a riesgo de escandalizar a algunos, que el pecado de la Iglesia (si de pecado puede hablar) fue oponerse de frente y absolutamente al Liberalismo, sin ver que del desarrollo de esa misma doctrina podía sacar las bases para su propia libertad aunque supusiera -y tal vez fuera lo mejor- la separación "oficial" Iglesia-Estado.

Con todo queda claro que en la época moderna (pues de ella solamente he tratado) no se puede decir CON VERDAD que la Iglesia ha estado con los que mandan, a lo menos de un modo coherente y total. No negamos que algún obispo pudiera ser amigo de un ministro... pero la posición antagonica entre los diversos Estados y la Iglesia era incluso exagerada y contraproducente.

Sé que, al terminar de leer lo que antecede y puesto que se escribe especialmente para dominicanos, no faltará quien diga: ¿Y la Iglesia y Trujillo? Negar este problema "de imagen de la Iglesia" (por usar la frase del Plan de Pastoral) es difícil y extemporáneo, o mejor difícil porque es temporáneo. Todavía tienen que salir muchos documentos y muchos recuerdos a relucir. Pero permítaseme el recuerdo de una experiencia personal que, por carambola, puede explicar ese "problema de imagen". Me encontraba en República Dominicana cuando la famosa pastoral de los obispos contra Trujillo y también cuando, al mes exacto, se tuvo la famosa manifestación (la manifestación del millón) a favor del Jefe y en contra de la Iglesia. Acudí a aquella manifestación "disfrazado" ? para no ser reconocido; y al ver aquellas ingentes multitudes y sobre todo el clamor y el fervor con que se aclamaba a Trujillo, me marché con el alma dolorida y plenamente convencido de que aquí no se podía hacer nada. Tuve (confieso ahora que me equivoqué y que debiera haber mirado mejor los adjuntos) "el problema de imagen", de que el pueblo estaba con Trujillo y no con la Iglesia y me marché de la República.

Si se miran bien todos los adjuntos, y la situación concreta y determinada ¿no tendrán también otros, como lo tuve yo pero al revés, un "problema de imagen"?

(Permítaseme decir, aunque sea entre paréntesis, que los que acusan a la Iglesia -como algo nefando- de consorcio con los que mandan, se entiende cuando el régimen es de los así llamados de derechas; si son de signo marxista se ve muy bien que la Iglesia vaya al bracet con el régimen; así lo vimos cuando los "Cristianos por el Socialismo" al comienzo de Allende, y se vería si la jerarquía de Nicaragua estuviera al lado del a Junta como lo están algunos sacerdotes fungiendo de ministros).

Y pasemos a la segunda parte. Como consecuencia de este consorcio de la Iglesia con el Poder, se ha seguido -dicen- que la Iglesia haya perdido sobre todo la clase obrera. Creo que de lo expuesto anteriormente se sigue que tal apartamiento de la clase obrera no puede haberse seguido de lo que no existió.

No obstante admitimos el hecho. Pero vamos a ver el cuándo y el porqué de ese apartamiento. He de confesar que en esta materia, dentro de las naciones "católicas" donde mejores estudios se han hecho ha sido en Francia. Pero lo que se dice de Francia se puede decir también y a fortiori de las otras naciones católicas donde el fenómeno se ha repetido con más o menos intensidad.

Para comprender la situación real francesa (y repito que ésta puede tener un carácter típico), pueden ayudarnos las obras: *Histoire du peuple français de 1848 a nos jours*, de Georges Diveau; *L'esprit de 1848*, de Emmanuel Beau de Lomenié, París 1948; *La vie ouvrière en France sous le second Empire* también de G. Duveau, París 1946; León y Maurice Bonneff: *La vie tragique des travailleurs*, y otros.

Lo primero que se saca de estos libros es que, por lo menos hasta cerca de 1860, la clase obrera siguió fiel a la religión tradicional. no deja de ser hasta chocante que el mismo suegro de Proudhon, el viejo Piégeard que se sentía orgulloso de ser obrero, acudiese con asiduidad a los oficios religiosos. Más notable aún: que el más distinguido de los discípulos del socialista Fourier, Víctor Considerant, apóstol del movimiento cooperativo obrero, fundara en 1843 un periódico *La Democracia Política* en el cual se declaraba abiertamente católico.

Hacia la misma época, Buchez, que había debutado en las filas del carbonismo masonico y anticristiano y que un poco más tarde, fundando un diario popular "El Taller", iba a jugar un papel de primer orden en las asambleas de 1848, anunciaba en el prefacio de un grueso libro que él titulaba *Historia parlamentaria de la Revolución Francesa*, una conversión completa al catolicismo (Beau de Lomenié: *L'esprit de 1848*, p. 27).

Pero dejando casos aislados aunque significativos, se puede afirmar que los obreros de la primera mitad del siglo pasado no

solamente eran mayoritariamente católicos, sino que procuraban que sus hijos fuesen instruidos por religiosos, principalmente por los Hermanos de la Doctrina Cristiana.

Cuando llegó la revolución de febrero de 1848, la clase obrera hizo público testimonio de su fe. Incluso en las elecciones para la Asamblea Constituyente los votos populares fueron preferentemente para eclesiásticos.

La unión de la Iglesia con los pobres era tan íntima que Pío IX en un breve mensaje al Nuncio el 18 de marzo de 1848, pudo felicitar al pueblo de París por su veneración al catolicismo. Y poco después, en junio de ese mismo año, antes de ir a luchar y morir en las barricadas, los amotinados del arrabal de San Antonio, se hacen bendecir por un sacerdote.

Es a partir de 1860 cuando empiezan a notarse, cada vez más claros y repetidos, signos de desafección de la clase obrera hacia la Iglesia. Pero -y aquí entra la paradoja- ¿cuál fue una de las causas que motivaron ese alejamiento de la clase obrera?

Según esos historiadores, la guerra a la Iglesia fue concebida por los bonapartistas de izquierda que se agrupaban en el Palacio Real alrededor del príncipe Napoleón primo del emperador. Este "Napoleón" (al que sus familiares llamaban "Plon-Plon") era considerado como el jefe de la oposición política; había recibido a Proudhon a su vuelta del exilio y estaba en contacto con LOS DIRIGENTES OBREROS a quienes ayudó para que pudieran ir a Londres en 1862; patrocinó en 1865 la fundación, en París, de la Asociación Francesa, que era una sección de la Internacional. Junto al halago a Líderes Obreros, "Plon-Plon" comenzó un ataque sistemático, machacón, a la Iglesia a través de sus periódicos. *L'Opinion Nationale* fundado en 1859; *Le Temps* creado en 1862 por Augusto Nefftzer; *L'Avenir National* (1864) y otros, orquestaron la campaña. Señalaban, corregidos y aumentados, los escándalos que se producían en los medios eclesiásticos; denunciaban las riquezas de las Congregaciones Religiosas; se esforzaban por llevar la inquietud a los "mas intelectuales" de los obreros, presentando al clero como un cuerpo ciegamente sometido a "un príncipe extranjero" (El Papa; acusación que repetiría la República Española en 1932 para expulsar de España a los jesuitas); acusaban continuamente a la Iglesia de ser absolutista, retrógrada, antiobrera, etc., etc...

Más contribuyó todavía el laicismo en la enseñanza. Laicismo que no era meramente negativo, es decir, la carencia de enseñanza cristiana en las escuelas, sino positivamente combativo contra todo lo que fuera religión o pudiera parecerse a ella. (Cf. Georges Weill: *Histoire de l'idée laïque en France au XIX siècle* o también

Georges Duveau: *La pensée ouvrière sur l'éducation pendant la Seconde République et le Second Empire*).

Expulsadas muchas Congregaciones Religiosas de Francia, y quedando las restantes en un estado que pudiéramos llamar casi vegetativo, nada tiene de extraño que los obreros, fueran alejándose de la Iglesia en la que habían confiado hasta entonces.

Pero no deja de ser una paradoja -repito- que los obreros fueran apartados de la Iglesia no por la unión de esta con la burguesía, sino por la unión de algunos de sus líderes con esa misma burguesía.

Y con todo -según los historiadores citados- la descristianización no fue muy profunda sino en ciertos líderes obreros, "los más intelectuales". No fue una descristianización virulenta, sino más bien indiferencia religiosa en los hombres que, muy de buena gana, permitían a sus mujeres e hijos seguir frecuentando la Iglesia. Y aun ellos mismos cuando llegaba "el momento de la verdad" procuraban tener un sacerdote a su lado.

Los hechos están ahí. Es, pues, imposible imputar esa descristianización a la indiferencia que la Iglesia había testimoniado en el siglo XIX con respecto a la condición proletaria. Las ELITES obreras francesas se situaron en el anticlericalismo a fuerza de incitarles sistemáticamente a ello, desviando con fines discutibles, su sed de instrucción. Como lo ha demostrado Georges Duveau, la instrucción aparecía a los militantes de los años 60 como el medio pacífico de resolver los conflictos sociales, provocar la reforma de las estructuras económicas y hacer desaparecer las guerras. Es por la acción de las logias y de la Liga de la Enseñanza que el anticlericalismo de los unos y la indiferencia de la mayoría, se han desarrollado en el seno de las masas obreras (A. Dauphin Meunier: *La Iglesia ante el Capitalismo*, p. 157 s.).

Comenzó entonces en el movimiento obrero una primera desviación, que hoy llamaríamos (porque también se da en nuestros tiempos) la politicidad. Y no quiero decir que un "sindicato" no tenga su ideología política. Me parece natural que la tenga. Más aún: no creo que, en la práctica, pueden darse los sindicatos neutros. Tampoco se puede negar a los sindicatos una intervención influyente en la vida política. El mismo Juan XXIII en su famosa Encíclica *Madre y Maestra*, expresamente dice: "es necesario, o al menos muy conveniente, que a los trabajadores se les dé la posibilidad de expresar su parecer e interponer su influencia fuera del ámbito de la empresa, y concretamente en todos los órdenes de la comunidad política" (n.97). Incluso hasta es natural que estén relacionados con partidos políticos. La razón de esto nos la da el P. Brugarola en su obra *El Sindicalismo actual y la Doctrina Social Católica* al decirnos:

Los sindicatos no pueden prescindir de la colaboración de los partidos políticos para sus fines. La consecución de las finalidades sindicales depende, no pocas veces, de las decisiones de los organismos legislativos; éstos están formados por los representantes de los partidos políticos, y es natural que los sindicatos muestren su interés y sus preferencias por los hombres y partidos de los que están seguros que defenderán los intereses profesionales de los trabajadores asociados (p.43).

Pero una cosa es esto y otra muy distinta el control que muchas veces ejercen los partidos políticos sobre los sindicatos privándoles de su autonomía y del logro de finalidades estrictamente laborales. Y si esto pasa en el día de hoy, con mucha facilidad pasaría a los comienzos del movimiento obreril, cuando los obreros no tenían ni con mucho la instrucción que tienen hoy día aunque no sea más que por ósmosis; y cuando la práctica organizativa y estructural del sindicato estaba todavía en pañales. Cuando todavía, en el fondo, el obrero lo que pretendía era el mejoramiento personal más que el gremio y cuando, por consiguiente, podían ser "comprados" líderes obreros con relativa facilidad.

Saber estas cosas, yo creo que puede ayudar mucho a la reconquista de los apartados, sobre todo, los de la clase obrera. Exponerselo con sencillez y documentalmente. Lo cual no quiere decir que tengamos que excusarnos de toda culpa, y reconocer que no todos los sacerdotes... y en todas partes han estado a la altura debida. Los obreros saben muy bien que, entre ellos mismos, los hay que no son buenos padres de familia, que no son diligentes en su trabajo... Pero que sería una injusticia atribuir las faltas de unos cuantos a todo el gremio obreril aquí y en todas partes.

* * *

Quiero indicar, a modo de apéndice, dos causas que, a mi modo de ver y en los tiempos posconciliares han contribuido también al alejamiento e indiferencia de mucha gente concretamente en nuestro país.

La primera es, en sí, una cosa muy buena y a la que estoy muy lejos de criticar pues fue una de las causas fundamentales del Vaticano II. Me refiero al Ecumenismo.

Algo deseable y que se debe procurar. Pero teniendo cuidado. En realidad -tal vez porque nosotros no lo hemos explicado bien- para mucha gente sencilla, ecumenismo viene a significar que da lo mismo una religión que otra. Y no. Si es verdad que todo hombre -que está en el error- se merece nuestro respeto y hay que dárselo, eso no quiere decir que el error en cuanto tal sea digno de respeto. Lo es la PERSONA, no el ERROR en que ella pueda estar. Es doctrina bien clara de los grandes ecumenistas el Cardenal Bea

y el P.Ch. Boyer. Ante la gente sencilla hay que explicar muy bien las cosas.

La segunda causa es que, en nuestras Iglesias se habla poco de Cristo y mucho de otras cosas que, sin estar mal ni mucho menos, desvirtúan o empalidecen un poco lo que debe ser nuestra gran realidad. He oído a algunas personas decir que se han pasado al protestantismo porque "ellos hablan más de religión que los sacerdotes". Si es verdad -y creo que sí- es una pena.

Incluso en el último Sínodo para la celebración de los 20 años del Concilio, cuando se estaba preparando el documento final (y siento no tener a mano ahora la documentación para citar palabras textuales) algún obispo preguntó si no se había hablado -incluso en el mismo Concilio- mucho de la Iglesia como Institución, y no tanto de Cristo que es el fundamento de la misma.

Nunca podemos ni debemos olvidar lo que es esencial. Hablemos de Dios Padre, del Verbo Encarnado, del Espíritu Vivificante: ese gran misterio cuya esencia es incognoscible para nosotros, pero de cuya existencia no podemos dudar.

Sin él, sin ese Misterio, carece de fundamento toda Iglesia Institucional. Y ninguna institución podrá suplirle.